Casa de citas o camino de perfección

Una selección de S.M.B.

... el doctor Rieux decidió redactar la narración que aquí termina, por no ser de los que se callan, para testimoniar en favor de los apestados, para dejar por lo menos un recuerdo de la injusticia y de la violencia que les había sido hecha y para decir simplemente algo que se aprende en medio de las plagas: que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio. [...] Oyendo los gritos de alegría que subían de la ciudad, Rieux tenía presente que esta alegría está siempre amenazada.

Albert Camus,
La peste.

En todo juego hay ganadores y perdedores. En el juego llamado libertad, sin embargo, la diferencia tiende a borrarse o a desaparecer por completo. A los perdedores les consuela la esperanza de ganar la próxima vez; mientras que el placer de los ganadores se ve empañado por la premonición de pérdida. Para ambos, la libertad significa que nada está establecido para siempre y que la rueda de la fortuna todavía puede girar. Los caprichos del destino hacen que tanto ganadores como perdedores experimenten incertidumbre...

Zigmunt Bauman,
La posmodernidad y sus descontentos.

Los críticos... ¿los críticos?... Son chicos estupendos, muy buena gente, estoy seguro. En todo caso, son personas felices. Tal vez les envidie. No es posible luchar con ellos en igualdad de condiciones. Tienen el derecho de juzgar en una hora el esfuerzo, la labor, la gestación de varios años.

Claude Debussy,
***El señor Corchea y otros escritos*, p. 247**
(Crítica de las críticas:
"Pelléas et Mélisande";
entrevista por Robert de Flers, 1902).

Las palabras adquieren siempre el color de los actos o de los sacrificios que suscitan. Y la palabra patria adquiere entre ustedes reflejos sangrientos y ciegos, que me la harán siempre ajena, en tanto que nosotros hemos puesto en la misma palabra la llama de una inteligencia en la que el valor es más difícil, pero en la que el hombre sale ganando.

Albert Camus,
Cartas a un amigo alemán.

Detesto a las víctimas que respetan a sus verdugos.

J.-P. Sartre,
Los secuestrados de Altona.

Todos los escritores utilizan, en grados diversos, formas ya usada, pero sólo los incapaces de transformar esos hurtos en algo personal merecen llamarse imitadores.

Mario Vargas Llosa,
La orgía perpetua.

Sólo los criminales se atreven hoy día a hacer daño a los demás hombres sin filosofar.

R. Musil,
El hombre sin atributos.